

D^a Ana. Tente, no me digas mas.
Yo estorbaré mis afrentas:
por donde obligarme intentas,
del todo me perderás.
El cochero que te hirió,
don Mendo, mostrarte quiero.—
Bien podeis salir, cochero.

ESCENA XVII.

DON JUAN Y DOÑA LUCRECIA *por un lado, y por otro* EL DUQUE; *despues*, BELTRAN Y EL CONDE.—DOÑA ANA, DON MENDO, CELIA.

D. Juan. Yo soy el cochero.

Duque. Y yo.

[*Sacan las espadas los cuatro caballeros.*]

D^a Ana. Caballeros, deteneos;
que á mí ese daño me haceis.

Duque. Basta que vos lo mandeis.

D. Juan. Serviros son mis deseos.

D^a Ana. Estos los cocheros son
por quien mi opinión se infama;
y por quitar á la fama
de mi afrenta la ocasion,
le doy la mano de esposa
á don Juan.

D. Juan. Y yo os la doy.

[*Danse las manos.*]

Celia. ¡Buena pascua!

Beltran. ¡Loco estoy!

Duque. [*Empuñando contra don Juan.*] Vues-
castigaré. [*tra amistad engañosa*]

D. Juan. Deteneos;
que yo nunca os engañé.
Recato y no engaño fué
encubriros mis deseos;
que si os quereis acordar,
solo os tercié para vella,
y en empezando á querella,
os dejé de acompañar.

D^a Ana. Y en fin, si bien lo mirais,
el dueño fué de mi mano;
y sobre mi gusto, en vano
sin mi gusto disputais.
Á don Juan la mano dí,
porque me obligó diciendo

bien de mí, lo que don Mendo
perdió hablando mal de mí.
Este es mi gusto, si bien
misterio del cielo ha sido,
con que mostrar ha querido
cuánto vale el hablar bien.

D. Mend. Antes sospecho que fué
pena del loco rigor,
con que por tí el firme amor
de tu prima desprecié.
Mas con llorar mi mudanza
y gozar su mano bella,
estorbaré su querella
y mi engaño y tu venganza.

D^a Luc. ¿Quién os dijo que sustenta
hasta agora el alma mia
vuestra memoria.

Beltran. [*Ap.*] Él hacia
sin la huésped la cuenta.

D^a Luc. Vos hablastes, pretendiendo
á doña Ana, mal de mí.

D. Mend. ¡Yo á doña Ana mal de tí!

D^a Luc. Las paredes oyen, Mendo.

Mas puesto que en vos es tal
la imprudencia, que quereis
ser mi esposo, cuando habeis
hablado de mí tan mal,
yo no pienso ser tan necia
que esposa pretenda ser
de quien quiere por mujer
á la misma que desprecia;
y porque con la esperanza
el castigo no alivieis,
lo que por falso perdeis,
el Conde por firme alcanza.—
Vuestra soy. [*Da la mano al Conde.*]

D. Mend. ¡Todo lo pierdo!
¿Para qué quiero la vida?

Conde. Júzgala tambien perdida
si en hablar no eres mas cuerdo.

Beltran. Y pues este ejemplo ven,
suplico á vuesas mercedes
miren que *oyen las paredes*,
y á toda ley hablar bien.

MUDARSE POR MEJORARSE.

PERSONAS.

D. GARCIA, <i>galan.</i>	FIGUEROA, <i>escudero.</i>	RICARDO, <i>gracioso.</i>
EL MARQUES, <i>galan.</i>	CLARA, <i>viuda.</i>	REDONDO, <i>gracioso.</i>
D. FELIX, <i>galan.</i>	LEONOR, <i>dama.</i>	UN CRIADO,
OTAVIO, <i>galan.</i>	MENCIA, <i>criada.</i>	Dos MOZOS DE SILLA.

[*La escena es en Madrid.*]

ACTO PRIMERO.

Calle.

ESCENA PRIMERA.

DON GARCÍA Y DON FÉLIX.

D. Félix. ¿Llegó la sobrina en fin?

D. Garc. En fin llegó la sobrina,
llegó una mujer divina,
un humano serafín.

D. Félix. ¿Mas qué hay nuevos sentimientos?

D. Garc. Apenas, Félix, la ví,
cuando posesion le dí
de todos mis pensamientos.

D. Félix. ¿Y la tia? ¿Qué! ¿Hay mudanza?

D. Garc. Su justo castigo tiene:
quien el daño no previene,
acuse su confianza.

De sí mismo esté quejoso,
cuando vierta sangre herido,
quien la espada inadvertido
puso en manos del furioso.

Si ser amada procura

Clara, si por mí se abrasa,

¿para qué trajo á su casa
tan soberana hermosura?

Si en la noche tenebrosa

sola en el cielo Diana

sus cabellos tiende ufána,

parece su luz hermosa;

mas luego que resplandece

del sol el claro arrebol,

entre los rayos del sol
sepultada se oscurece.
Antes de ver á Leonor,
confieso que de su tia
daba luz al alma mia
el divino resplandor;
mas, Félix, despues de vella,
Clara me ha de perdonar;
que era locura dejar
tanto sol por una estrella.

D. Félix. ¿No es hermosa doña Clara?

D. Garc. ¿Nunca la vistes?

D. Félix. Jamás.

D. Garc. Á no serlo Leonor más,
el cetro sola gozara.

D. Félix. ¡Infamaremos despues
de mudables las mujeres!

D. Garc. El mudar los pareceres
con causa, de sabios es.
La mudanza es liviandad
cuando, sin nuevo accidente,
le dá causa solamente
la propia facilidad.

D. Félix. Y al fin, ¿en qué estado está
el recién nacido amor?

D. Garc. Aun no le he dicho á Leonor
el cuidado que me da;
aunque si bastó el hablalla
con las lenguas de los ojos,
bien le dije mis enojos
con el modo de miralla.
Y si no es que me engañó
la fuerza de mi deseo,

segun me miró, yo creo
que mi cuidado entendió.

D. Félix. Tarde remediar podréis
ese fuego que os abrasa,
puesto que dentro de casa
el enemigo teneis;
que habiendo de estar al lado
de doña Clara, Leonor,
¿cuándo podrá vuestro amor
dalle á entender su cuidado?
Y ya que para decir
vuestra pena halleis lugar,
¿cómo la habeis de obligar?
¿Cuándo la habeis de servir?
¿No os ha de entender su tia
la mas oculta cautela
si enamorada recela,
y si recelosa espía?

D. Garc. El ánimo no me quita
la dificultad mayor
que un determinado amor
imposibles facilita.
¡Ojala Leonor me quiera!
Que si mi aficion la obliga,
la misma nuestra enemiga
ha de ser nuestra tercera;
que si Clara con su amor
me da licencia de vella,
será el visitarla á ella
medio de ver á Leonor.
Y es forzoso que suceda,
ó por arte ó por fortuna,
que de mil veces, alguna
á solas hablarla pueda:
y vos me habeis de ayudar
en una traza que intento.

D. Félix. Ley és vuestro pensamiento,
que me obligo á ejecutar.

D. Garc. Á Clara habeis de servir.

D. Félix. ¿Para qué fin?

D. García. De mi amor
con tan gran competidor
la pretendo divertir;
que repartida y atenta
á diversas aficiones,
me dará mas ocasiones
de hablar á quien me atormenta;
que son ardides de Marte
divertir y enflaquecer
al contrario, con hacer
darle guerra de otra parte.

D. Félix. Sutil imaginacion;
mas poco importante agora,
porque si Clara os adora,
¿qué sirve mi pretension?

D. Garc. Félix, cuando no mudeis
su pensamiento amoroso,
por lo menos ¿no es forzoso,
que á resistir la obliqueis?

D. Félix. Sí.

D. Garc. Pues mi intento consigo;
porque puesta entre los dos,
mientras riñere con vos,
dejará de hablar conmigo,
y yo entre tanto podré
hablar á mi prenda cara.
Demas de que viendo Clara
que me guardais poca fé,
á trueco de que no advierta
Yo á lo que los dos hablais,
mientras de amor la tratais,
se holgará que me divierta,
hablando á doña Leonor.

D. Félix. Trocará un daño á otro daño.

D. Garc. Y para dar á este engaño
mayor fuerza y mas valor,
fingiréis..... (Hablan en secreto.)

ESCENA II.

REDONDO.—DICHOS.

Redondo. (A don García.) Si la ocasion
nunca vuelve que se pasa,
señor, sola queda en casa
el dueño de tu aficion;
que en este punto su tia
en su coche sola fué.

D. Garc. Félix, despues os veré.

D. Félix. Yo os buscaré, don García. (Vanse.)

Sala en casa de Doña Clara.

ESCENA III.

LEONOR Y MENCIA.

Leonor. Dime lo que te ha pasado
con el criado, Mencía.

Mencia. Memorias de don García
pienso que te dan cuidado.

Leonor. Si he de decirte verdad,
este cuidado que ves,
aun no determino si es
amor ó curiosidad;

que es cuidado solo sé.
Dí, ¿que te ha dicho, Mencía?

Mencia. De su dueño y de tu tia
toda la plática fué.
Contóme que su señor,
de tu tia enamorado.....

Leonor. Detente; que mi cuidado
ya conozco que es amor.

Mencia. Pues ¿en qué?

Leonor. Apenas de tí
escuché que de mi tia
es amante don García,
cuando en el alma sentí
un invidioso dolor
y una celosa fatiga:
y los celos son, amiga,
humo del fuego de amor.

Mencia. De esa suerte, el desengaño
será provechoso agora,
porque al principio, señora,
mejor se remedia el daño.

Leonor. Prosigue pues.

Mencia. Todo pára,
porque abrevie tu dolor,
en que se tienen amor
don García y doña Clara.

Leonor. ¡Mal haya!.....

Mencia. Señora mia,
¿es ésta tu condicion?
Tu indomable corazon
¿es el mismo que solia?

Leonor. Déjame.

Mencia. Todo se muda.
En un punto te agradó,
y otro en muchos años nó:
mas vale á quien Dios ayuda.
Mas, señora, don García.

ESCENA IV.

DON GARCÍA Y REDONDO.—DICHAS.

D. Garc. (Ap. á Redondo.) La criada me entre-
Redondo. ¡Ojalá escribe tu bien (ten.
en deslumbrar á Mencía!

D. Garc. Si es cierto que el mal ó el bien
al rostro sale, señora,
escusado será agora,
cuando en vos mis ojos ven
tanta hermosura, pediros
que de decirme os sirvais

¿cómo en la corte os hallais?

Leonor. Buena estoy para serviros.
Mas, señor..... (Hablan secreto.)

Redondo. Oye, Mencía:
¿qué te parece Madrid?

Leonor. Perdonadme, y advertid
que no está en casa mi tia.

D. Garc. Eso os debiera advertir
la ocasion con que ha venido
quien ha buscado advertido
esta ocasion de venir.
No ha sido, señora, acaso;
que á buscar viene mi amor
remedio en vuestro favor
del volcan en que me abraso.

Leonor. (Ap. ¡Qué desdicha! Con mi tia
quiere que tercie por él).
Si doña Clara es cruel,
yérralo por vida mia.
Mas para seros tercera,
ni soy vieja ni soy sabia.

D. Garc. La mayor belleza agravia
quien no os ama por primera.
¿Luego pudistes, Leonor,
pensar de mí tal locura,
que viendo vuestra hermosura,
solicitase otro amor?
No, señora; no me dió
sangre tan bárbaro pecho,
ni el sol, tan lejos del techo
en que yo nací, pasó.
Vuestro es el favor que pido,
en vos vive mi cuidado,
tan dulcemente abrasado,
cuan justamente rendido;
que naturaleza os hizo.....

Leonor. Tened; que os vais atreviendo:
y si tercera me ofendo,
primera me escandalizo.
¿Por ventura, don García,
es uso en Madrid corriente
enamorar juntamente
á la sobrina y la tia?

D. Garc. Al menos, si tan divina
sobrina viene al lugar
como vos, uso es dejar
la tia por la sobrina.

Leonor. Mal uso.

D. Garc. No ha de llamarse
malo, si es tal la ocasion.

Leonor. ¿Cómo puede ser razon mudarse?

D. Garc. Por mejorarse.

Leonor. Pues la ley de la firmeza ¿á qué obliga ó cuándo alcanza, si hace justa la mudanza el mejorar la belleza?

Que ser firme, no es querer firme el mas hermoso amor; que para amar lo mejor, ¿qué firmeza es menester?

Firme es quien hace desprecio de otra ocasion mas dichosa.

D. Garc. Confieso, Leonor hermosa, que ese es firme, pero es necio.

Leonor. ¿Luego en quien fuere discreto no hay que poner confianza, si disculpa la mudanza el mejorar el sugeto?

D. Garc. Claro está.

Leonor. Pues siendo así, y que os tengo, don García, por cuerdo, y dejais mi tia por mejoraros en mí, perdoneme vuestro amor; que á resistir me prevengo, hasta que sepa si tengo otra sobrina mejor
(*Vanse Leonor y Mencía.*)

ESCENA V.

DON GARCIA Y REDONDO.

D. Garc. ¿Cómo puede otra belleza á la que adoro esceder, si en la vuestra su poder escedió naturaleza? Decid que es mi desventura y no temer mi mudanza; que siempre la confianza es mayor que la hermosura.

Redondo. ¿A solas estás hablando? Mal te ha tratado Leonor, porque el picado, señor, siempre queda barajando.

D. Garc. No sé si perdí ó gané; solo sé que en su agudeza, tambien como en su belleza, prisiones del alma hallé; que es por un mismo nivel bella y sabia.

Redondo. ¡Linda cosa!

porque si es boba la hermosa, es de teñido papel una bien formada flor, que de lejos vista agrada, y cerca no vale nada porque le falta el olor. [*Vanse*].

Paseo de Atocha.

ESCENA VI.

EL MARQUÉS, OTAVIO Y UN CRIADO.

Marqués. ¿Es posible? ¡Vos, Otavio, en Madrid sin avisarme!

No sé cómo podreis darme satisfaccion de este agravio.

Otavio. Prometo á vuesañoría, señor marqués, que he venido tan intratable, que ha sido no avisarle, cortesía.

Marqués. ¿Teneis algunos disgustos?

Otavio. Y tales, que la pasion me enloquece.

Marqués. Agora son mis sentimientos mas justos. Penas, Otavio, pasais, ¡y no las partís conmigo! O vos no sois ya mi amigo, ó que yo lo soy dudais.

Otavio. ¿Qué me faltaba, á poder aliviar mis penas vos? ¿Hemos de partir los dos el rigor de una mujer?

Marqués. Pensé que vuestro cuidado causaban cosas de honor. ¿En Madrid os tiene amor tan triste y desesperado? ¡Qué bien se vé que venis al uso de Andalucía, donde viven todavía las finezas de Amadis!

Acá se ha visto mejor; más aprovecho se quiere; no solo nadie no muero, pero ni enferma de amor.

Aquí las fuentes hermosas vierten licor, que bebido, es el agua del olvido contra fiebres amorosas; y como hallan los dolientes de amor tan gran mejoría en ellas, va cada dia

Madrid haciendo más fuentes.

No, Otavio, no quiera Dios que siendo un amigo vuestro en esta ciencia maestro, esteis ignorante vos.— Haz, Leonardo, aderezar aposento para Otavio.

Otavio. Señor.....

Marqués. El mayor agravio que me haceis es replicar.

Otavio. Besaros quiero los piés.

Marqués. No penseis que me he olvidado, por años que hayan pasado y varios casos despues, de que en Sevilla los dos fuimos un alma y un sér. Demas desto, quiero ver si puedo, Otavio, con vos que os divertais, con traeros á mi lado entretenido; que alguna vez han podido más que amor los consejeros.

Otavio. Segun serviros deseo, no lo dudo.—Mas ¿quién es esta señora, marqués, que sale de Atocha?

Marqués. Creo que es doña Clara de Luna. Sí.

Otavio. ¡Buen talle y buena cara!

Marqués. Pues puede hacer doña Clara dichosa cualquier fortuna: que, ademas de lo que veis de hermosura y gallardía, es rica y parienta mia.

Otavio. Con eso la encareceis.

Marqués. ¿Estais soltero?

Otavio. Señor, libre hasta agora viví, si puede decirlo así quien vive esclavo de amor.

Marqués. Pues advertid lo que os quiero: mirad bien á mi parienta; que si la viuda os contenta, yo seré el casamentero.

ESCENA VII.

DOÑA CLARA, en hábito de viuda, con manto; acompaña FIGUEROA, y siguela DON FÉLIX.—DICHOS.

D. Félix. ¿Saber quién sois no merece quien sin saberlo, señora,

lo que en vos conoce adora, y por lo que vé padece?

D^a Clara. ¡Tanto amor tan brevemente!

D. Félix. Brevedad ó dilacion, señora, accidentes son segun es la causa agente. Con sus templados ardores ¿hace el sol en un instante lo que Júpiter Tonante con sus rayos vengadores?

¿Acaba tan brevemente su largo curso la nave llevada de aura suave como de cierzo valiente?

Del cielo precipitada, ¿llega en término tan breve al suelo una pluma leve como una piedra pesada?

Pues si entre humanos sugetos sois vos milagro, mi bien, ¿por qué no han de ser tambien milagros vuestros efectos?

D^a Clara. ¿Que en fin es cierto, señor, tanto amor?

D. Félix. No es más verdad tener el sol claridad que ser inmenso mi amor.

D^a Clara. Segun eso, ¿por mí haréis, caballero, lo que os pida?

D. Félix. Aunque me pidais la vida.

D^a Clara. Pues yo os pido que os quedeis.

(*Vase con Figueroa.*)

D. Félix. Cogióme, ¿qué puedo hacer?

Inhumana ley me ha puesto.

Seguiréla: que es en esto fineza no obedecer. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

EL MARQUÉS, OTAVIO, EL CRIADO.

Marqués. ¿Qué decís?

Otavio. De cerca mata, marqués, si de lejos hiere. Olvidaré, si pudiere, con su hermosura mi ingrata.

Marqués. Siendo así, yo quiero ser destas bodas el tercero.

Otavio. Visitémosla primero, si os parece, para ver de las cosas el estado, porque el fin no me avergüence;